

MEMÓRIAS DA ACADEMIA DAS CIÊNCIAS DE LISBOA

CLASSE DE LETRAS

TOMO XLI

**El pacto ibérico. Un tiempo que no
se perdió**

HIPÓLITO DE LA TORRE GÓMEZ



ACADEMIA DAS CIÊNCIAS
DE LISBOA

LISBOA • 2020

*El pacto ibérico. Un tiempo que no se perdió*¹

HIPÓLITO DE LA TORRE GÓMEZ

Exmo. Sr. Presidente da Academia,
Exmo. Sr. Vice-presidente,
Exmos. Senhores e Senhoras Académicos,
Minhas Senhoras,
Meus Senhores,
Colegas e amigos todos,

Sinto-me muito honrado pelo convite para pronunciar esta conferência num cenário tão importante como o da Academia das Ciências de Lisboa, que teve ainda a generosidade de nomear-me como o seu académico correspondente.

Não queria parecer protocolar, mas sou completamente sincero se digo que os meus méritos científicos ficam muito aquém desta honrosa distinção. Mas também não seria inteiramente sincero se não reconhecesse no meu percurso profissional um único mas persistente mérito: o de ter mantido de forma constante um interesse, uma admiração, que é de facto verdadeira paixão, pela história e pelas gentes deste grande país.

Por vezes, quando tenho que enviar para a burocracia administrativa o *curriculum vitae*, fico espantado da continuidade, quase monolítica, da minha (obsessão) portuguesa. ¿Por qué?, me perguntam (amiúde) os meus colegas. E no entanto, eu próprio nunca me fiz essa pergunta. Era tão admirável a história e a cultura do país; eram tão cativantes as suas gentes, que o verdadeiramente difícil seria não ficar refém delas.

¹ Este texto constituye la conferencia que tuve el honor de leer en la Academia das Ciências de Lisboa el 9 de febrero de 2012. Sólo identifico a pie de página las referencias concretas a documentos que transcribo o específicamente refiero. Por lo demás, el contenido de este estudio es deudor de una ya importante bibliografía, portuguesa y española, que, por las características de este escrito, excuso citar aquí, remitiendo al lector interesado al repertorio bibliográfico que incluí en mi libro *Portugal en el exterior (1807-1974). Intereses y política internacionales*, Madrid, UNED, 2006.

Mas é sobretudo à generosidade dos amigos, dos colegas, dos mestres portugueses – como o Professor Adriano Moreira – que devo atribuir a elevada honra de ter chegado até aqui para pronunciar como académico correspondente a conferência que, por respeito à língua de Camões, pedi licença para continuar agora em espanhol.

* * *

La caída de las dictaduras ibéricas trajo muchas y muy sustanciales cosas: la libertad, la democracia, la convivencia en la discrepancia, el respeto. Esos fueron también los fundamentos que hicieron posible el camino definitivo hacia una relación peninsular social, y por tanto fluida y despejada, que antes o después acabase por demoler las barreras históricas de la incomprensión. Luego, al cabo de unos años, entró en nuestras casas Europa, y con ella la garantía más definitiva de que portugueses y españoles éramos dos y distintos, pero también de que había tocado a su fin el tiempo de las fronteras y de los Estados que aislaban, excluían y mantenían psicologías colectivas de rivalidad. Fue tan sustancial el cambio y tan esencialmente positivo, que no era extraño afincarse en la idea de que todo lo anterior, el casi medio siglo de regímenes autoritarios en la Península, había sido también un tiempo inerte, estático, vacío en la larga historia de la incomprensión entre Portugal y España. Y sin embargo, no fue así.

El dilatado recorrido que condujo desde el antagonismo ibérico, culminado en 1936, al entendimiento colaborador, definitivo tras el ingreso de ambos países en Europa, medio siglo después, tuvo su primera fase fundacional en las cuatros décadas vividas en simetría dictatorial por los estados peninsulares.

Y se comprende fácilmente. La conocida tensión histórica luso-española, derivada de las tendencias iberizantes del mayor de los Estados, solía activarse, como en una especie de inmutable ley, cuando divergían sus situaciones políticas internas o /y cuando sus inclinaciones o sus ubicaciones internacionales tendían a instalar a Madrid y Lisboa en campos contrarios.

Sin embargo, a partir de 1939 Portugal y España ya nunca dejaron de discurrir por similares caminos internos y solidarios caminos internacionales. Este nuevo ordenamiento peninsular fue, guste o no, obra de las dictaduras, que concluyeron solidariamente sus procesos de instalación en el marco de la guerra civil

española, entre 1936 y 1939, y consiguieron librarse del derrumbe de los fascismos, gracias a sus posiciones de neutralidad interrelacionada durante la Segunda Guerra Mundial. Esta obra de ingeniería política se debió sobre todo a Oliveira Salazar, que en 1936 adoptó la decisión de apoyar la rebeldía de los militares españoles y en los años de la conflagración mundial trabajó incansablemente, cerca de Madrid y cerca de Londres, para mantener a la península ibérica fuera de la contienda mundial.

El presidente del Consejo portugués sabía muy bien que, en caso de un conflicto peninsular, su país tenía siempre las de perder, y que ese conflicto acabaría por constituir la inevitable deriva del antagonismo entre situaciones internas divergentes en un tiempo de guerra ideológica e imperialista como el que el mundo vivía en la década de los treinta.

Su apuesta por la España rebelde de Franco no era en Oliveira Salazar la consecuencia de un irracional prejuicio ideológico, sino de la convicción, más que razonable, de que el triunfo republicano en España, que sería forzosamente el de la revolución, no respetaría ni el régimen de Lisboa ni acaso las propias fronteras de la independencia de la nación. Sabedor de su importancia en la armonía peninsular, apostó por la uniformidad de los regímenes ibéricos, como a partir de 1940 se empeñó decididamente en una política de neutralidad de la Península, conociendo de sobra los estragos que podían producir las divergencias internacionales de Lisboa y Madrid en ese terrible momento del mundo. ¿Bailaba Salazar con lobos?

Resultaba evidente que bailar con españoles no era el ejercicio político más placentero para un portugués y que la exaltación imperialista de los más radicales del bando de Franco, como eran los seguidores de Falange, no estuvo exenta en algún momento del sueño de una gran Iberia, como tantas veces se ha recordado en Portugal. Pero ni el franquismo, ni mucho menos Franco, eran la Falange, sino que, muy por el contrario, ésta fue enseguida desvitalizada y sometida por la dictadura –como ya había hecho Salazar con el fascismo autóctono de los seguidores de Rolão Preto– y, salvo anecdóticas manifestaciones, tuvo que renunciar a toda referencia ibérica en sus expresas proclamas imperiales. Herederos directos de la experiencia dictatorial de Primo de Rivera, y de sus sostenedores doctrinarios de Acción Española, Franco y el franquismo eran conservadores, producto genuino de la contrarrevolución que, gracias al influyente pensamiento

de António Sardinha, había dado con la fórmula magistral de una “Alianza Peninsular”, basada en el dualismo político y en la comunidad ideológica de destinos en el mundo. Pues bien, a esa fórmula se atuvo en sustancia, de principio a final, la dictadura española.

Salazar no se equivocó, aunque en la fase de euforia germanófila durante la Segunda Guerra el régimen de Madrid se dejara tentar por el espejismo de un “Nuevo Orden”, con sus inevitables implicaciones de hegemonía peninsular. No se engañó Salazar ni en cuanto a los riesgos ciertos de atracción de España a la órbita del Eje, ni en cuanto a la persistencia neutralista como única posibilidad de contrarrestarlos. Pudo pasarle por alto la grave intensidad de los peligros corridos en la segunda mitad de 1940, pero globalmente acertó con los efectos benéficos de su política neutralizadora y con la confianza en la prudente actitud, a fin de cuentas innegable, del flamante Caudillo.

Acaso, lo más llamativo, por históricamente innovador, de la convergencia interna e internacional de los regímenes ibéricos en esa década crucial para los destinos de la Península, es que esa convergencia fuera oficialmente sellada por sendos documentos diplomáticos de marzo de 1939 (Tratado de Amistad y No Agresión) y julio de 1940 (Protocolo Adicional), que vinieron a formalizar el recíproco compromiso de ambos países en el respeto a sus independencias y por tanto en el esfuerzo respectivo para conservar la paz peninsular en medio de la guerra que asolaba Europa.

Es cierto que en el caso español esos compromisos tuvieron un sesgo más coyuntural, y convivieron durante los primeros tiempos de la guerra con la intensa tentación franquista de sumarse a las potencias del Eje, contemplando un futuro de recuperada grandeza en el Nuevo Orden germánico, donde inevitablemente Portugal sería un país satelizado. Pero no es menos cierto que, sin la “neutralidad geométrica” salazarista, la guerra se hubiera extendido a la Península; que el propio compromiso portugués de España debió surtir algunos efectos neutralizadores de la pasión germanófila de Madrid; que, en cualquier caso, ese compromiso sobrevivió cuando los achaques megalómanos de la dictadura española fueron superándose (hacia finales de 1940); y que, desde entonces, fue consolidándose en la medida en que avanzaba la guerra victoriosa de los Aliados y se aproximaban, hasta coincidir, las variantes neutralistas de Portugal y España. Así, en diciembre de 1942, con los Aliados ya en el norte de África, los alemanes

estancados en Stalingrado y el germanófilo Serrano fuera del Ministerio de Exteriores, portugueses y españoles proclamaron en Lisboa el “Bloque Ibérico” (“Peninsular”, se diría en Portugal).

Engañada por el justificado recelo a lo grandilocuente, la historiografía no ha percibido, creo yo, todo el calado de aquella proclamación bloquista. No sólo con ella se regresaba a la entente plena de la neutralidad, sino que ahora se la asociaba positivamente a las raíces católicas y anticomunistas, generadoras de la solidaridad ideológica de 1936, que habrían de recorrer toda la futura trayectoria de las dictaduras.

Se sellaba así un pacto ibérico, bajo cuyo benéfico techo vivieron las relaciones luso-españolas durante casi cuatro décadas. Fue profundo su significado porque por primera vez en la historia se desterraba, de la manera más formal y solemne, el fantasma perverso de la unidad peninsular, comprometiendo de hecho a cada Estado en la defensa de la independencia del otro. Y fue activo, porque en su larga vigencia demostró eficaz solidaridad en las dificultades de cada uno y generó hábitos de paz y de respeto mutuo, sobre todo por parte del socio mayor que tan necesitado estaba de esa nueva pedagogía.

Con la derrota de los fascismos en 1945 emergía en Occidente un sistema internacional fuertemente cohesionado por el anticomunismo, los valores de la democracia liberal y la poderosa hegemonía de los Estados Unidos. Ideológicamente solidarios, vinculados por la filosofía del pacto ibérico y, ahora también, inmersos en un escenario exterior donde no cabían las perturbadoras divergencias internacionales de antaño, la relación peninsular encontraba un marco definitivo de estabilidad. Pero esa común inserción ni fue sencilla ni fue simétrica para ambos Estados, que hubieron de enfrentarse en horas distintas a problemas distintos suscitados en Occidente por la propia evolución de los tiempos. Ante ellos se puso a prueba la eficacia, que no fue poca, de la entente peninsular.

Durante el primer quinquenio de posguerra, el desequilibrio ibérico resultaba manifiesto: el Estado portugués era rico – y auxiliado en sus dificultades por el Plan Marshall; el español, pobre – y excluido de las instituciones económicas de reconstrucción europea; el régimen de Lisboa era tolerado con benevolencia y la nación incluida en las instituciones internacionales; la dictadura española, repudiada y excluida del concierto exterior; Salazar, en el fondo respetado; Franco, visceralmente rechazado como el último vástago de la era ignominiosa del

fascismo. En tales circunstancias, el pacto de solidaridad peninsular volvió a funcionar, como de hecho venía haciéndolo desde 1936, con Salazar como verdadero apoderado de los intereses de la España franquista en el hostil espacio de las potencias atlánticas, donde Lisboa mantenía una posición firme e incluso considerada.

Lo que estaba en juego no era cuestión de simpatía, ni siquiera de empatía, personal – que, al contrario de Franco hacia el presidente del Consejo portugués, éste distaba mucho de sentir por su homólogo de Madrid –; tampoco era mera afinidad ideológica, sino un problema que podía afectar muy gravemente a la estabilidad peninsular y al propio orden internacional. Porque si Franco caía, como deseaban las democracias, no era seguro que el vacío fuera ocupado por un régimen democrático –que tampoco entusiasmaba a Salazar –, sino por una situación revolucionaria que posiblemente abriría las puertas al comunismo. No sólo el Estado Novo y Portugal volverían a peligrar; Moscú habría asestado en la Península un golpe decisivo en su amenazadora puja con el mundo libre. De hecho la idea de que en lo estratégico el solar ibérico constituía una entidad integrada defendida frente a un avance comunista por la barrera de los Pirineos, constituía doctrina oficial del salazarismo.

La suerte de Portugal estaba por tanto inextricablemente unida a la de España. Por eso, Salazar se empeñó en la defensa del franquismo. Siempre prudente y poco amigo de gobiernos de hecho, y, aún menos, militaristas, como era el de Franco, el presidente del Consejo mantuvo sus distancias en un primer momento, pensando, con razón, que lo mejor para la estabilidad del país vecino era la restauración de una monarquía, tutelada por los militares y por el propio Franco, en la persona de Don Juan de Borbón, que entre tanto había trasladado su residencia a Estoril. Pero la conversión al oposicionismo del pretendiente, que desde el ecuador de la contienda imaginó que podía recuperar el trono subido al carro de los vencedores, unida a la inamovible voluntad del correoso Caudillo de mantenerse en el poder contra viento y marea, llevaron a Salazar a erigirse en el defensor internacional del régimen franquista. No era lo ideal, pero, puesto que la probable alternativa era la revolución y acaso el comunismo, más valía sostenerlo.

Como ha demostrado J.C. Jiménez en su investigación del periodo, sólo a partir de 1947 pasó el salazarismo a apostar decididamente por la España de

Franco, el mismo año en que quedó claro que no habría restauración y que la expansión del comunismo por la Europa Oriental consagraba en el mundo un estado de amenazadora “guerra fría” que desplazaba a las potencias occidentales del combate por la democracia a la lucha contra el totalitarismo soviético.

Ciertamente, el gobierno portugués fue en esos años la ventana atlántica de la dictadura española, sosteniendo desde el propio momento en que fue invitado a participar en la OTAN la conveniencia de integrar también a Madrid en esa organización defensiva contra el imperialismo comunista, lo que tampoco le impidió rechazar con firmeza las presiones disuasorias del gobierno español que pretendía la existencia de incompatibilidad entre el ingreso de Lisboa en la Alianza Atlántica y el mantenimiento del pacto ibérico. En parte para compensar la frustración española, en octubre de 1949 recibía Portugal la visita oficial del Caudillo, al que agasajaba por todo lo alto – incluida la concesión del doctorado honoris causa por la Universidad de Coimbra –, a pesar del explícito malestar que esa visita suscitaba en Inglaterra.

Por entonces, estaba ya alcanzando su término el ostracismo internacional de la dictadura española, de hecho salvada casi desde el principio por sus credenciales contrarrevolucionarias y sobre todo por su aportación geoestratégica a la prioritaria Guerra Fría de las democracias occidentales contra el temible comunismo. A finales de 1950 Naciones Unidas levantaban la condena dictada cuatro años antes contra España, y en 1953 la dictadura de Franco veía coronada su victoria contra la “incomprensión” internacional mediante la firma de unos trascendentales pactos económicos y militares con los Estados Unidos y de un Concordato con la Santa Sede. El mismo año que concluía la guerra de Corea y que la biología quitaba de en medio al autócrata Stalin, las “dos espadas”, temporal y espiritual, del autoproclamado mundo libre, en el climaterio de su paranoia anticomunista, acababan por dar la razón y sacar definitivamente del lazareto al régimen dictatorial de Madrid.

Finalmente, en 1955, el acuerdo de las dos superpotencias, que después del ápice tensional del 53 aprobaban un camino de “coexistencia pacífica”, permitió la entrada de las dictaduras ibéricas en Naciones Unidas.

Vencidas definitivamente, con la liquidación de la campaña presidencial de 1949, las ofensivas de la oposición interna, y siempre en armonía con sus socios atlánticos, el salazarismo parecía haber culminado su definitivo acomodo interno

e internacional. Fue ésa la apacible época de una dictadura profesoral y paternalista que pretendía ofrecer al mundo un modelo político de autoridad templada, inspirada en la cuidadosa conservación de los valores tradicionales de un Portugal en idilio consigo mismo y de un presidente del Consejo también en idilio con la hermosa autora de unas célebres *Vacances avec Salazar*.

Y, entre tanto, en España, ya sin uniforme militar y despojado de la vieja simbología fascista, el Caudillo civilizaba su apariencia, adquiría una imagen un tanto patriarcal, y, al tiempo que la ayuda norteamericana y algunos incipientes recortes a la autarquía proyectaban un primer impulso de modernización económica, también iba sustituyendo la legitimidad heroica del vencedor de una guerra fratricida por una legitimidad de ejercicio basada en los beneficios de la paz y del progreso material.

Portugal había sido un amigo leal; el pacto ibérico había funcionado a satisfacción; sus orígenes coyunturales, habían devenido en estructura; los textos diplomáticos, se consolidaban como doctrina; y la doctrina, ciertamente puesta en práctica, iba generando hábitos de respeto y de amistad política entre aquellos recelosos Estados vecinos.

Las dictaduras peninsulares habían encontrado su sitio -no igualmente confortable ni igualmente respetable- en el orden exterior. Pero ese orden no era estático. Estaba ya cambiando en el mismo momento en que los regímenes de Franco y de Salazar parecían poder celebrar su peculiar consagración a mediados de los cincuenta.

No era ese orden ciertamente estático. En un puñado de meses del año 56, la desestalinización del XX Congreso de PCUS, la crisis de Suez y de Hungría, la independencia de Marruecos y de Túnez, la primera liquidación colonial del África subsahariana – en Ghana, 1957 –, cuartearon seriamente el suelo monolítico de la Guerra Fría, refugio hasta entonces seguro de los regímenes de Lisboa y de Madrid. La “coexistencia pacífica” debilitaba los anclajes de sus proclamadas genéticas anticomunistas; los paradigmas capitalistas de los milagros económicos y del extendido bienestar social generaban desafíos nuevos y con ellos una nueva legitimidad de ejercicio; entre Washington y Moscú, en 1957 emergía en Roma, ahora con visibilidad histórica, una realidad europea como referencia más inmediata – en lo económico y en lo político – para la presencia internacional de la Península; y, sobre todo, el nacimiento formal (en Bandung, en 1955) de un Tercer

Mundo no alineado y comprometido con un imparable curso de descolonización, en la que convergían en concurrencia los dos grandes poderes que dominaban el mundo, abría un escenario insondable, donde inexorablemente habría de disputarse, con vértigo inesperado, todo un proceso de relegitimación internacional de los Estados. ¿Qué respuestas halló este profundo viraje en los gobiernos portugueses y español?

En el momento de su ingreso en la ONU, Portugal tenía motivos para sospechar – como efectivamente Salazar siempre había temido – la tormenta que se le avecinaba. Su hiperestésica sensibilidad imperial, históricamente asociada a la permanencia de la nación, le permitió muy pronto comprender la amenaza del proceso descolonizador, abierto sin tapujos tras el final de la II Guerra. Enseguida de la victoria aliada, Salazar había tratado de conseguir de los americanos y de los socios en la defensa occidental la cobertura política del Imperio, mediante el poderoso instrumento negociador de la geoestrategia del país, cifrada sobre todo en el valioso archipiélago de las Azores. No lo había logrado, aunque las bases servirían más tarde al menos para contrarrestar las presiones de Washington a favor de la descolonización.

La primera ofensiva antiportuguesa de posguerra había descargado sobre el llamado Estado de la India (Goa, Damão y Diu) que la “antigua joya de la Corona” británica, desde su independencia en 1947, no había cesado de reivindicar. Buscando blindar sus posiciones resistentes a los “vientos de la historia”, en 1951 el Portugal de Salazar constitucionalizaba su argumentario histórico transformando los territorios coloniales del Imperio en “provincias ultramarinas”, al tiempo que daba sus primeros pasos en un camino de reformas coloniales, que sólo habrían de alcanzar su más honda expresión una década después bajo la dinámica gestión del ministro Adriano Moreira. En febrero de 1953 Nehru interrumpía bruscamente las relaciones diplomáticas con Lisboa y en julio del año siguiente pasaba a la vía de los hechos, ocupando los enclaves portugueses de Dadrá y Nagar-Avelí, aislando así el resto de las posesiones lusas en la península indostánica. Y, entre tanto, los graves incidentes -la “matanza”- de Batepá” (febrero de 1953) en Santo Tomé, encendían la primera chispa de la rebeldía anticolonialista en África, donde enseguida se organizaban los primeros movimientos insurgentes: la Unión de los Pueblos de Angola (julio de 1954) y el Movimiento Popular para la Liberación de Angola (diciembre de 1956).

Tras su ingreso en la ONU la cuestión ultramarina portuguesa cobró pleno foro internacional, cuando, respondiendo a los reglamentados requerimientos de su Secretario General para que el nuevo miembro informase si administraba “territorios no autónomos”, el gobierno portugués manifestó sin ambages que todos los territorios sobre los que ejercía jurisdicción formaban parte de una única y soberana nación. La batalla, inicialmente acotada en el terreno jurídico, derivó inevitablemente, entre diciembre de 1960 y febrero de 1961, en el comienzo de una ofensiva en toda regla contra el colonialismo portugués. La avalancha de nuevos Estados generaba ya en la Asamblea las mayorías necesarias para sacar adelante las estridentes condenas al colonialismo.

Condenado en ONU, presionado y repudiado por sus socios occidentales, contestado por la rebelión armada del nacionalismo indígena en Angola (1961), Guinea (1963) y Mozambique (1964), el Portugal salazarista, inamovible en los principios históricos de una única nación “de Minho a Timor”, y “orgullosamente solo” en la resistencia armada a los “vientos de la Historia”, iniciaba un penoso camino que habría de concluir manu militari trece años más tarde, con el hundimiento del régimen y el abandono precipitado de los territorios del viejo Ultramar portugués. ¿“Funcionaría” esa política de resistencia?, le preguntaba en 1964 D. Juan de Borbón a Salazar. La respuesta fue lapidaria: “Funcione o no funcione, es mi obligación”².

¿Y la España de Franco? En sus tiempos de cuarentena internacional había cuidado con especial mimo sus privilegiadas relaciones históricas y sentimentales con árabes e hispanoamericanos, arrabales aún de la sociedad internacional, ahora devenidos en un Tercer Mundo que parecía marcar la agenda de las bulliscosas relaciones planetarias. La presencia colonial española era menor y peculiar: Guinea Ecuatorial, única colonia canónica, bastante residual; el Sahara Occidental, con relativo valor económico, pero sobre todo escudo de Canarias; y el protectorado en Marruecos que básicamente cumplía una función geoestratégica en el control del Estrecho, aunque por lo mismo, su conservación por la fuerza podía generar un gravísimo problema a la seguridad del Estado. Nada por tanto que valiera un empeño resistente como el portugués. Aún menos, habida cuenta de

² Embajador británico en Lisboa a Foreign Office 29 de enero de 1964 (Public Record Office, FO 371-144914).

que el colonialismo nunca había concitado el entusiasmo del nacionalismo español, sino todo lo contrario.

Franco, ahormado sentimental y profesionalmente en el escenario marroquí, siempre había gustado de exhibir su amistad y comprensión hacia el mundo árabe y acaso consideraba el protectorado más en sentido etimológico que en dimensión propiamente colonial. Y en los años inmediatos al abandono, había alimentado incluso al nacionalismo marroquí, sobre todo para pagar con la misma moneda al tradicional antagonismo francés hacia España. En todo caso, creyó siempre el Caudillo que la defensa de ese imperio menor español no valía la pérdida de la amistad del mundo árabe ni siquiera la vida de un soldadito de reemplazo. En fin, la permanente batalla diplomática por la recuperación de Gibraltar, única colonia en suelo europeo, no se compadecía en absoluto con cualquier empeño de Madrid por mantener sus propios territorios coloniales.

Si todo ello no condujo a ningún proceso descolonizador coherente y rápido -discurriendo la respuesta del gobierno español por un camino sinuoso y bastante oportunista de resistencias medidas y al cabo siempre resueltas en avances abandonistas-, no es menos cierto que en general la diplomacia de Madrid ajustó con bastante realismo su posición internacional a las nuevas circunstancias del mundo: incorporándose al proceso descolonizador, conservando la amistad con los nuevos países y aproando, sin otros lastres que los de su propia naturaleza antidemocrática, hacia un escenario de modernización capitalista y de presencia -hasta donde le era tolerada- occidental y europea. Así, en abril del 56 la dictadura española abandonaba el Protectorado; en 1958 entregaba a Rabat el territorio de Tarfaya; en 1961 se hacía representar en el Comité para Territorios No Autónomos; en 1963 abría el proceso de descolonización de Guinea, culminado cinco años más tarde; en 1969 cedía Ifni a los marroquíes; y en 1975, ya el Caudillo a las puertas de la muerte, abandonaba a favor de Marruecos y Mauritania el Sahara Occidental.

El ecuador de los años cincuenta había sido por tanto una verdadera encrucijada, donde las posiciones internacionales de los regímenes ibéricos comenzaban a invertirse de forma muy evidente. Mientras el Estado Novo, gravemente desestabilizado por el desafío colonial, superaba con dificultades entre 1958 y 1962 una nueva ofensiva de la oposición y de los reformistas, se embarcaba en una resistencia ultramarina sin horizontes visibles, y veía cerrársele las puertas

de la benévola transigencia occidental, la España de Franco era ahora capaz de conciliar con bastante desenvoltura la amistad con el Tercer Mundo y la búsqueda de una decidida inserción en el entorno del capitalismo desarrollista europeo, al tiempo que el país se modernizaba con un llamativo impulso económico y una profunda renovación de sus estructuras sociales.

En tales circunstancias, la estrecha solidaridad peninsular de años anteriores parecía tornarse menos intensa. España ya no precisaba como antaño del apoderamiento internacional portugués, que tampoco Lisboa estaba precisamente en las mejores condiciones de prestarle. Pero ¿no podía ahora ocurrir lo contrario? ¿Acaso la solidaridad peninsular sólo tenía una dirección? Algunos significados representantes de la ortodoxia salazarista, como el ministro de Extranjeros, Franco Nogueira, miraban hacia España con dolido despecho por el supuesto abandono de una solidaridad ibérica que tantos beneficios había reportado a Madrid en tiempos de su propio aislamiento internacional. Y, sin embargo, el socio peninsular estaba lejos de dejar morir el pacto ibérico. La España de Franco, y aún más el propio Caudillo, deseaban saldar su deuda de gratitud, dando así continuidad a la doctrina y la praxis del aquel pacto, nacido de la mutua conveniencia, prolongado luego en beneficio de España y que ahora debía sostenerse en provecho de Portugal. Pero no era fácil la posición española, porque la defensa de Portugal contradecía en el fondo el rumbo español en la cuestión colonial. No obstante, como ese rumbo estaba sometido a las propias contradicciones en el interior del régimen franquista -siempre moroso, como ya hemos indicado, en la adopción de decisiones definitivas-, tales decisiones solo iban llegando por la fuerza de las circunstancias. Y, entre tanto, el régimen avanzaba con ambigüedad y calculada prudencia ante la presión descolonizadora de ONU.

Al igual que Lisboa, tampoco Madrid había aceptado en 1956 que administrara territorios no autónomos, pero la ofensiva de la XV Asamblea General a finales del 60 había puesto al régimen entre la espada y la pared. El Ministerio de Asuntos Exteriores quería ceder; Presidencia de Gobierno pretendía resistir; y Franco no deseaba quebrar la solidaridad ibérica. La frustrada conspiración antisalazarista de la cúpula militar, del 13 de abril de 1961, y la declarada determinación del presidente del Consejo portugués de responder con la fuerza al desafío insurgente en Angola, fueron seguidas apenas tres días después de una efusiva carta personal de Franco a Salazar expresando la “más leal e intensa

adhesión de España” y ofreciendo “nuestra más entusiasta y firme colaboración”.³ Siete días más tarde, tuvo lugar uno de los episodios cruciales para entender la contradicción de intereses en que se movía la política española.

A mediodía del domingo 23 de abril de 1961 viajaba con urgencia a Lisboa el director general de Política Exterior del Ministerio español de Asuntos Exteriores, Ramón Sedó, para obtener el placet de Salazar a un nuevo impulso en el rumbo descolonizador de Madrid: España deseaba aceptar el requerimiento de la ONU para hacerse representar en la Comisión de Territorios No Autónomos. No pensaba reconocer que administraba ese tipo de territorios, pero tampoco dejar de colaborar con Naciones Unidas, perjudicando así su imagen internacional. Realizaba un gesto; ganaba tiempo y, alegaba, que, además de crear un precedente útil para el propio Portugal, sólo desde una posición propia más desahogada podría auxiliar internacionalmente al país hermano con alguna eficacia ¿No había podido abanderar Lisboa la causa española en años pasados precisamente aceptando su incorporación a la OTAN?. El ministro Marcelo Mathias había reaccionado con apasionada indignación, pero Salazar – sosegado y, acaso, escéptico – aceptó las razones españolas, pidiendo que no se diera un paso más. Seguramente no se hacía ilusiones el presidente del Consejo, pero comprendía los límites y aceptaba las posibilidades de una solidaridad ibérica que los tiempos modulaban⁴.

Con esa aliviadora respuesta, el lunes 24, a primera hora de la tarde, el emisario español estaba de nuevo en Madrid y el 25 el ministro Castiella trasladaba el placet portugués y daba luz verde a la delegación en la ONU para avanzar con el paso previsto.

Quedaba así planteada desde el principio la posición española, calculadamente ambigua para conciliar, en una actitud de compás de espera, la doctrina de que el movimiento anticolonialista estaba impulsado por la estrategia expansionista del comunismo, y la conveniencia de mantener una puerta abierta a la

³ María José Tíscar Santiago, *La ayuda española a Portugal durante la guerra en las colonias de África (1961-1974)*. Tesis doctoral. Madrid. UNED, 2011, pág. 220 (la respuesta de Salazar agradeciendo y aceptando la oferta de ayuda española solo se produjo el 16 de julio de 1961, *Ibíd.*).

⁴ Vid. el amplio y detallado informe de Ramón Sedó sobre su gestión en Lisboa en H. de la Torre Gómez (coord.), J.C. Jiménez Redondo, R. Pardo Sanz, *España desde el exterior: la mirada de los otros*, Madrid, Editorial Universitaria Ramón Areces, 2011, págs. 115-128.

descolonización, aconsejada por la reivindicación de Gibraltar y la conservación de las amistades históricas con los países del Tercer Mundo.

En esa ambigüedad pesaba también con especificidad propia la amistad con Portugal y el expreso deseo del Caudillo de conservarla viva. De hecho la opinión de la prensa y de los medios oficiales de la España franquista vivieron con inculcable indignación la ofensiva contra Portugal de 1961. Las instrucciones de Castiella – sin duda inducidas por el propio Franco – a la delegación española en ONU eran al mismo tiempo hábiles y contundentes: “Nuestra actitud con Portugal – decían – obedece a una solidaridad amistosa por encima de interpretaciones reglamentarias y legalistas de los textos, hacia un país tratado con injusticia, al que nos unen sentimientos de hermandad, además de los pactos escritos. No se trata de una postura a favor o en contra del equívoco concepto de colonialismo y así deben entenderlo los demás países”. España – advertía Franco – debía prestar su apoyo a Portugal “sin reticencias”⁵.

No duró mucho el ambiguo impasse de la actitud española ante el desafío descolonizador. En los primeros años sesenta la diplomacia de Madrid se orientó ya decididamente por esos derroteros. Pero a pesar de la reconocida divergencia de las políticas peninsulares, la España de Franco continuó prestando a Portugal todo el apoyo posible, comprometiendo incluso su propia posición y su crédito internacional en ese esfuerzo de solidaridad ibérica. No lo veían así todos los portugueses, y sobre todo el ministro Franco Nogueira que, más salazarista que el propio Salazar y afectado por una invencible hispanofobia, no entendía que la diplomacia española se resistiera a uncirse al carro de Lisboa, desconociendo la divergencia de intereses y el valor que, no obstante esa legítima disparidad, tenía el auxilio que el país hermano continuó de hecho prestando a la causa portuguesa.

Una reciente investigación de doctorado de la profesora Tíscar ha puesto de relieve la realidad y la naturaleza de esos apoyos: no sólo los que desplegó Madrid en los foros internacionales, que ya conocíamos, sino aquellos otros,

⁵ H. de la Torre Gómez (coord.), J.C. Jiménez Redondo, R. Pardo Sanz, op. cit., pág. 160 (instrucciones de Castiella al representante en ONU, telegrafiadas el 20 de noviembre de 1962. El primer párrafo decía: “Su Excelencia al Jefe del Estado, a quien había enviado esta mañana su mensaje numero 63, acaba de llamarme para decirme, apenas terminada su lectura, que no considera haya interpretado V.E. convenientemente las instrucciones permanentes y reiteradas tiene recibidas actuar siempre, sin reticencias, en apoyo de Portugal”).

subterráneos, como fueran el suministro de material militar y la fundamental cobertura diplomática de muchas de sus representaciones en países africanos a los servicios de información y espionaje de Lisboa en los aledaños territoriales del escenario de la lucha armada. Y eso, hasta el propio término de la guerra colonial de Lisboa⁶.

Parece por tanto poco dudoso que la España de Franco saldó cumplidamente la deuda de gratitud contraída con el Portugal de Salazar por el apoyo que había recibido de éste entre 1936 y 1956. A pesar de lo que suponía Nogueira, lo hizo con creces, puesto que si la anterior solidaridad mostrada por Lisboa había convenido al propio Portugal, la que ahora devolvía Madrid entraba en flagrante contradicción con sus propios intereses internacionales. Y sin embargo, la prestó. Sobre todo, porque para Franco – que admiraba sinceramente a Salazar y respetaba, también sinceramente, a Portugal – la hermandad ibérica se había convertido ya en un verdadero axioma.

Sólo así se entiende que, a pesar de las explicables dificultades, la fulminante quiebra el “25 de Abril” de la armonía político-ideológica que había dado origen al pacto ibérico, ni interrumpiera la convivencia peninsular, ni liquidase aquel pacto, cuyo espíritu de concordia peninsular de hecho sobrevivió, llegando a la actualidad. Y que los gravísimos acontecimientos del asalto y destrucción de las representaciones diplomáticas y consulares españolas en Lisboa y Oporto, en pleno clímax del radicalismo revolucionario portugués, encontrase precisamente en el Caudillo el firme y definitivo obstáculo a cualquier reacción exagerada del lado de España: porque Portugal, era intocable para Franco.

La prudencia con que Lisboa y Madrid resolvieron la formidable crisis de septiembre de 1975 entre dos Estados ahora ideológicamente antagónicos, constituyó el mejor test de la hondura y de la eficacia del pacto luso-español. El bloque peninsular, surgido como producto ideológico y coyuntural entre 1936 y 1945, había devenido en una estructura firme de respeto a la paz y al dualismo ibérico. Nunca en la historia de la Península habían vivido ambas naciones tantos años de solidaria armonía bajo el techo de un pacto escrito, siempre renovado y siempre vigente; nunca sus máximos responsables políticos habían celebrado tantas reuniones en la cumbre para repasar conjuntamente la

⁶ Tesis doctoral citada.

situación peninsular en las distintas circunstancias de la evolución del mundo ¿Cómo todo esto no iba a tener hondas repercusiones históricas en el modelo de relacionamiento ibérico?

Durante los largos consulados autoritarios, la mayoría de los informes diplomáticos extranjeros tendía a insistir en el carácter retórico de la amistad luso-española. Aún hoy, la historiografía suele subrayar bastante la dimensión ideológica y un tanto artificiosa de aquella entente peninsular. De forma bastante excepcional, el embajador francés en Lisboa, en un espléndido análisis de febrero de 1960, percibía con llamativa clarividencia la hondura de la alianza ibérica. Ciertamente no podía haber resultados apreciables en las relaciones económicas y culturales, porque ahí sus potenciales eran sustitutivos. Pero sí las había habido en los planos político y militar, porque en ese escenario ambos países eran complementarios, sumaban fuerzas⁷.

Pues precisamente el milagro había consistido en que por primera vez en la historia, ambos Estados se decidieran a sumar en beneficio recíproco las fuerzas que derivaban de su común peninsularidad; y que entendieran que solo podían sumarse unidades en la medida en que éstas continuaran siéndolo.

Hagamos una justicia más a los franceses. Porque en septiembre de 1968 otro embajador de Francia, éste acreditado en España, escribía con lucidez: “Desde la firma en marzo de 1939 del Pacto Ibérico, por tanto desde hace 30 años, y a pesar de ciertas peripecias, la estrecha alianza entre los dos países ha subsistido. Por otra parte, nunca en la historia bastante conflictiva de las relaciones hispano-portuguesas se ha dado una entente tan duradera y tan sincera. Portugal ha apoyado al régimen español – es verdad que a veces con reticencias – en las horas difíciles de sus comienzos; España, consolidada y más próspera desde la última década, ha sostenido a un Portugal, económicamente menos evolucionado, en las dificultades internacionales que le reporta el mantenimiento contra viento y marea de su imperio colonial africano. La solidaridad ibérica no es una palabra vana”⁸.

⁷ Despacho del embajador de Francia en Lisboa n.º 134/EU de 8 de febrero de 1960 (*Archives Diplomatiques Français* -La Courneuve- “Europe 1956-1960 Portugal, carpeta n.º 64”).

⁸ Despacho n.º 942/EU de 27 de septiembre de 1968. (*Archives Diplomatiques Français* -La Courneuve- «Europe 1961-1970 Portugal, carpeta n.º 79 »).

Y, en efecto, la solidaridad ibérica no era una palabra vana. Fue el legado de entendimiento, vigente hasta hoy, de aquel pacto que, nacido entre dictaduras, se reveló capaz de trascenderlas.

Por eso, el del pacto ibérico fue un tiempo que no se perdió.

(COMUNICAÇÃO APRESENTADA À CLASSE DE LETRAS
NA SESSÃO DE 09 DE FEVEREIRO DE 2012)